

UNA OBRA MÁS IRÓNICA QUE PARÓDICA

El programa de mano editado con ocasión del estreno de *Auto* en 1992, reproducía unas notas de Ernesto Caballero, que ahora publicamos en La Luna del Cuyás:

P. ¿Qué clase de obra es *Auto*?

R. *Una obra con mensaje.*

P. ¿Qué tiene que ver con los autos sacramentales?

R. *Su carácter alegórico y su voluntad moralizante.*

P. ¿Y con los procesos judiciales?

R. *Cierta estructura y cierta retórica.*

P. ¿Se trata de una obra paródica?

R. *Más irónica que paródica.*

P. ¿Y la metafísica?

R. *El teatro mismo.*

P. ¿Nos hallamos ante una obra escéptica?

R. *Desconfío de mi escepticismo.*

P. ¿Qué puede decir de la puesta en escena?

R. *Despojamiento escénico y frontalidad del actor.*

P. ¿Por qué?

R. *Por coherencia.*

P. ¿Con qué?

R. *Por favor, la representación va a comenzar.*



UN JUEGO TEATRAL DESTINADO A LLEGAR A TODA CLASE DE PÚBLICO POR ERNESTO CABALLERO

Cuatro personajes se dan cita en un espacio alegórico para intervenir en un juicio en el que ya no saben en calidad de qué comparecen: si como acusados o como testigos.

A través de la conversación desconcertada y dispersa que mantienen para distraer la espera, van reconstruyendo y recordando las circunstancias que los han llevado allí. De este modo, los iremos reconociendo como arquetipos de distintas actitudes y obsesiones del hombre contemporáneo, ahogado por el consumismo y la mediocridad de sus cicateras ambiciones, en una suerte de auto sacramental de nuestros días en el que se muestran de modo antidoctrinario y sarcástico los mecanismos que atenazan al hombre de nuestros días.

Pretendo con esta obra profundizar en una ya vieja querencia dramática que periódicamente me arrastra de forma inevitable a visitar los esquemas formales y temáticos del Teatro de nuestro Barroco.

Auto es una reelaboración contemporánea de las claves que sustentan un género que, por su carga de connotaciones doctrinales, no ha sido abordado desde otras perspectivas.

Se trata de un atrevimiento por cuanto la dimensión moral del discurso dramático parece haber desaparecido de la escena de nuestro tiempo. Por eso, de una manera perversa, he recurrido a una forma que hace largo tiempo desterrada.

¿Existe una moral colectiva? ¿Cuál es el mínimo común de ética que delimita los comportamientos de nuestra sociedad? ¿Estamos abocados a la paulatina difuminación de todas las barreras que encauzan nuestra conducta? ¿Sobre qué fundamentos podrían establecerse nuevas pautas de relación en una sociedad progresivamente disgregada y a la vez aterradoramente uniforme?

Naturalmente, no se trata de poner en escena un sermón filosófico, ni de convertir el teatro en un árido foro de disertación metafísica. Muy al contrario, el tono de *Auto* está contaminado de toda una serie de recursos bufos, de ironía en la exposición, de utilización de la comicidad como vehículo de comunicación reconocidamente eficaz, que le confieren, a pesar de su ambición temática, un carácter de juego teatral destinado a llegar a toda clase de público.